



Seix Barral Biblioteca Breve

Daniela Catrileo

Soñamos con cetáceos

Poesía reunida (2016-2026)

© 2026, Daniela Catrileo
© 2026, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

ISBN: 978-956-6505-08-2
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2026-A-6058
Primera edición: agosto de 2026

Diagramación: Sergio Leiva Whittle

Impreso en: CyC Impresores Ltda

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

Queda expresamente prohibida la utilización o
reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar
sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Río herido (2016)

Guerra florida (2018)

Las aguas dejaron de unirse a otras aguas (2021)

El territorio del viaje (2021)

Mi costado salvaje (2017)

*¿Cómo era permanecer en la quietud de
su escarcha?* (2020-2025)

Soñamos con cetáceos (2026)

NADIE SABE LO QUE (NO) PUEDE UN POEMA EN LAS HOJAS DEL CAUCE

*Gritamos
en ese límite borroso
entre la animalidad
y lo humano.*

*Queremos arrancar
a mordiscones
el eczema de sentido
que se acumula
e infecta
esa cicatriz que somos
y que el lenguaje
no termina de revelar.*

GABBY DE CICCO

Un nombre, Catri-leo: katrü / cortado / lewfü / río. Leo cortado, leo herido, leo golpes, leo el río. Leo, río. No hay consentimiento con el nombre sino *monstruosidad semántica*. No hay certeza ni seguridad, sino agitación. Ruptura de la lengua en que leemos la escritura buscando su caudal. Cuando el nombre es un descalce, no el signo sino el ritmo de la niebla y la corriente, las palabras vuelven a poblar el agua para abrirle paso a la memoria. Oleaje, pregunta del exilio en la patria del río. Leemos mientras el cauce intenta sostener lo escrito para no desaparecer de la historia

y resistir la réplica del signo, de los huesos convertidos en fantasmas. Las palabras y el nombre son espectros, musgo, accidentes sin lógica borrados por la maleza y el tiempo. La tachadura es la grafía herida del habla: “Es cuestión de tiempo / quitar los trozos de riel / aferrados al cuerpo / y volver a ser gravilla / que bajo el cauce / no pierde su color” (37).

Quien escribe poesía “ya no sabe obedecer” (Pier Paolo Pasolini) porque entra a un “campo de fuerzas” (Adrienne Rich), al compás de la vida de cada día y de cada uno en todos los días. En un movimiento infinito de lectura, sobre el peso de las cosas y del mundo, entre los susurros, las ruinas, el agua y la tierra, el poema vuela, se subleva y pregunta: “¿Qué se abre / en el lenguaje de / las aguas?” (40). Comer, tener un techo, escribir haciendo brotar lo más frágil “con la osadía del gesto afónico” (47), con apenas un trozo de geografía para mecer el agua de las grietas y “avanzar a la edad primitiva” (72): “Los bueyes se detienen / a probar la hierba / que crece junto al lago” (195).

Los cuatro libros publicados que componen *Soñamos con cetáceos. Poesía reunida (2016-2026)*, de Daniela Catrileo son, de acuerdo con Alexander Kluge, “mapas de experiencia humana, una especie de segunda comunidad, un medio de supervivencia”. *Río herido* (2016); *Guerra florida* (2018); *Las aguas dejaron de unirse a otras aguas* (2021) y *El territorio del viaje* (2021) crean una dimensión política desatada de la alienación y el eufemismo, y convocan diversos campos de fuerza. Además, contiene tres trabajos en proceso: *Mi costado salvaje*, versión corregida y aumentada de la *plaque*

digital *Invertebrada* (2017), con algunos poemas seleccionados para la antología *Un puñado de almendras* (2025), editada por la Universidad de Chile; *¿Cómo era permanecer en la quietud de su escarcha?*, escrito entre la pandemia y la estancia de la poeta en Playa Ancha, incluido en revistas literarias y en la mencionada antología; y aún inédito, *Soñamos con cetáceos*.

Río, territorio, viaje, lengua, memoria, nombre, herida colonial, diáspora y sublevación ante el despojo es lo que Catrileo despliega desde *Río herido* —su primer libro— para construir el curso de un cauce desaparecido y acunado en el horizonte. Un viaje se pierde en ese límite, tanteando la oscilación emitida por la condición reflexiva del poema. Algo crece. “Los elementos / arrastrados por el río crean / en su viaje herido / profundas llanuras fértiles” (80), que se vuelven intermitentes mientras “el tiempo inunda / de sigilo la memoria / y retorna, como / la próxima ola” (37) y nos hace tomar conciencia del sobresalto en que vivimos: “Se hunden los días / y un cuerpo aparece” (81).

Guerra florida, su segundo libro —que en náhuatl (*xochiyáoyotl*) alude a los combates rituales de las comunidades mesoamericanas—, evidencia la entereza del pueblo mapuche: primero, frente a la violencia colonial, y, luego, frente a la violencia extractivista de las forestales y la oligarquía, en connivencia, casi siempre, con los gobiernos de turno. Lo que se escribe, en un tránsito entre el pasado del territorio ancestral y lo periférico en la waria, son los sostenidos levantamientos, el exterminio, el saqueo del territorio,

de nombre y lengua, y la urbanización, desde donde emerge lo champurria, una tensión que acoge el origen mixto y urbano.

Tierra, bosques y cantos. Máquinas, periferia, cemento y cables. Flujo del río, lucha contra el robo y trasvasije del “archipiélago / en la geometría de los blocks” (82). Se vuelve a nacer desde el cemento y se comprende: “resistir / era navegar hasta la orilla” (60). Orilla que refiere también a lo orillado. En la poblada muerte, en los trozos de lengua esparcidos en la tierra desolada, desde el duelo y la pérdida, la palabra ruge y se vuelve afirmación colectiva como tejido, “un lenguaje / que se hunde en la piel” (68).

En *Las aguas dejaron de unirse a otras aguas*, Catrileo se adentra, desde el lago Budi, territorio lafkenche, al habitar singular y cotidiano de su pueblo. Se amasa y hornea el pan, se comparte el mate, se cosecha, se tiñe la lana. El hacer diario es el balbuceo del lenguaje de la siembra que exige observar el cielo “entre cantos de tiuques / y corderos que pastan” (198). Esta convivencia entre animales y vegetación es una tarea consuetudinaria, un recurso espacial, sonoro, visual, gustativo, táctil y olfativo. El poema, como un organismo, secreta su tejido. El agua, como un lenguaje, secreta el poema. Por eso, cuando prospera, cae a la liquidez *desde y hacia* el movimiento de las aguas, transformando “el río [en] voz / que no / calla” (40).

El territorio del viaje es una bitácora cartográfica sobre la diáspora y la posibilidad de “retornar para encontrar la semilla” (207); un desplazamiento hacia fósiles pasajeros al tiempo que se camina para “orde-

nar los huesos, las hojas y estelas de nervaduras” (240). El territorio es el bosque extirpado de su ruido y su follaje por los disparos en un habitar forzado y en peligro constante de ser, como el cuerpo, baleado. “Entre los pinos y su reino forestal” (241), entre fronteras humeantes, se descubre que aquello negado por la lengua late sin fin y tiene otro nombre: “Tañi piwke”. “Corazón”, memoria del corazón, “aprender *par coeur* [aprender de memoria]” (Jacques Derrida).

La zona roja es territorio amenazado, palabras, esporas revelando su propio viaje, el recuerdo del deseo y la necesidad. Falta de hogar de una mujer repartida y fragmentada en un “cuerpo escrito en islas” (234). El regreso permite recuperar los restos pese a “los carros de fuerzas especiales, uno tras otro” (232), pero las “estrellas tan cerca de las pupilas” (232) calman el camino y lo vuelven relámpago antes de tronar.

En *¿Cómo era permanecer en la quietud de su escarcha?*, Catrileo entreteje su mirada desde la naturaleza; contempla la nimiedad del ser humano, pese a su pérdida y la herida colonial, “en el tajo abierto que es el río” (288) que confluye en los lugares de devastación, dificultando la memoria entrecruzada con los sedimentos del progreso que no logra acabar con el tiempo vegetal.

En *Mi costado salvaje*, escribe desde los paisajes que fueron deshabitados. La escritura aparece como raíz aunque sea “un trauma que no responde” (61). No hay disposición ni origen; lo desenraizado se enraíza. Los versos “alguien se aferra al fragmento / al injerto / a una raíz engarzada” (296) refieren al encuentro, a

internarse en humedales: “encontramos nidos / de pajaritos siete colores / y garzas blancas / escondidos en los pajonales / les dejamos miguitas de pan / como signo de amistad” (189), en la brevedad de ese mundo siempre amenazado. Hojas en blanco en silencio “le prometo tiempo / a la escritura del pasado” (274). Lo pendiente se vuelve cautela; la escritura, deuda de un tiempo anterior traída por el lenguaje; los objetos, trajín de lo doméstico. No es posible volver atrás, lo que persiste es la falta como residuo. Se abraza el estar de paso. Se despierta, se riegan las plantas, se compran verduras, se cocina, en medio de una mudez extensa, hasta que vuelven a la boca sílabas sueltas, rugidos, avizorando antiguas raíces, nervaduras y ramajes. El cuerpo es almácigo, da luz; y hay más luz cuando hay palabra: fuerza caudalosa, cadencia onomatopéyica.

Soñamos con cetáceos describe cómo es la vida en las llamadas “zonas de sacrificio” cuando el colapso medioambiental obliga a las comunidades a habitar bajo nubes tóxicas, cuyo tornasol en los cielos —lo desconocido— confunde a quien mira. El cielo magenta se derrama en plantas de agua imposible de beber. Paul Celan escribió “donde hay agua, aún se puede vivir”; y Gaston Bachelard anotó: el “ser humano tiene el destino del agua que corre”. Ese *aún*, del verso de Celan, ese *destino* —hoy depredado e interrumpido— de Bachelard, nos apremian.

Inclinada sobre estas páginas, pienso que lo medular en el recorrido textual de Catrileo, en esta basculación entre agua, pensamiento y territorio, es el concepto de *deriva*; gramática acuosa y vegetal que sostiene la doble intensidad entre poesía y filosofía. El agua deriva en

pensamiento y el pensamiento deriva en agua. No hay duda, se escribe pensando y se piensa escribiendo. Pero no se trata solo de pensar o crear, sino de agitar las aguas.

Desde *Río herido*, Catrileo sostiene el itinerario como algo que (se) posee y ensucia, en el sentido que le da Guadalupe Santa Cruz al viaje en *Quebrada. Las cordilleras en andas*: “No se sabe qué es lo que se adhiere y no puede ser retirado”. En el trayecto hay encuentros con personas, historias, objetos y lugares “como una página en blanco que se cuela en un libro escrito por otros” (Guadalupe Santa Cruz). Entonces, comprendemos: “Solo el vacío de la página [nos] pertenece, hoja en blanco, cochina y apelmazada por el trajín de los viajes” (Guadalupe Santa Cruz). Todo parece tratarse de lo que espera su turno al tacto, de la huella de los ríos en forma de estrías sobre la tierra y sobre un pueblo. El agua, el nombre y la historia del despojo se vuelven encuentro, tropiezo y ruido de las palabras al momento de impactar. Instante sonoro de la intersección entre afluentes, rastro inasible desde el río Imperial hasta el lago Budi, a la confluencia del Yeso y el Maipo. Humedales, ríos y vertientes saqueados obligan a la lengua a alimentarse de camiones aljibe, emergiendo el habla con el sabor metálico en la boca.

Esta necesidad entre agua y pensamiento, ayer y hoy de las voces, ayuda a restituir la belleza perdida, la lentitud expropiada y la experiencia resquebrajada. Se trata de una decisiva delicadeza por los detalles. Escribe Catrileo: “Este no es mi viaje. / Este es mi viaje” (32), como si en esa paradoja se alojara la cadencia del pensar: “No hay estructura ni origen” (33). La lengua se habita como herida alojada en el nombre

propio. Paradoja que evoca el rastro de los ancestros y nos dicta el azar del río en su lengua rota. El agua alcanza al poema, discurriendo en deltas y brazadas, recreando en la corriente su dolor y su *cambio de aliento* en la “resonancia de cada elemento” (como dice Catrileo en su ensayo *Sutura de las aguas: un viaje especulativo sobre la impureza*). La palabra en la corriente se quiebra y ramifica: “El eco que resuena / al decir: / *es que estamos rotos* / como espiral / de caracola al final / del océano” (38). Lengua y nombre son cauce, abismo horizontal, declinación, desvío, declive, deseo de recordar, liquidez del río, pensamiento que corre contaminado:

No hay pureza
ni casa propia
en
el movimiento de las aguas

habitar

el corte

sentenciada la boca
rota la lengua. (34)

Lengua y nombre: necesidad de escritura que nos atraviesa, necesidad de diálogo, de continuar una conversación. Nütram, lengua hasta hoy reprimida bajo políticas de estandarización por distintos y extensos

procesos de ocupación y asimilación forzada. Poesía que porta una conversación desde los intersticios de nuestra historia, desde los ancestros hasta los poetas champurrias. El poema se convierte y afirma como tejido vincular; coge el pasado como un “hilo que se extiende a nuestra cotidianeidad” (como dice Catrileo en su ensayo *Sutura de las aguas...*) para interrogar las concepciones estigmatizantes de la lengua, temerosas de lo inasible, incapaces de prestar atención, de entender el cielo, el agua o el lugar de cada cúmulo de hierba, “diferentes macetas para almácigos que esperan la inscripción del tacto” (235). Huellas ausentes de hebras vegetales que, cada tanto, se arrastran como rasgaduras de la infancia. Esta intensidad del pensamiento ritma su resistencia para recordar que “aprendimos a leer a golpes / Hasta negar la lengua. / La *h* muda se extiende al río / que tachaste con la herida” (67). Entonces: “Hablan los animales de la waria con estas plantas, hablan todos los animales que están en mí. Habla el hogar que nunca tuve, canta el último grillo antes de elevar el salto” (235). Tal como los pájaros que cantan con “el entusiasmo del cuerpo” (Étienne Souriau), “como pueden hacerlo los animales absorbidos por el juego y por las simulaciones del hacer de cuenta” (Vinciane Despret), o como hacen los niños cuando juegan.

Catrileo escribe en hebras, en secuencias que difieren, escuchan, hablan y miran, olfateando y degustando hápticamente. Tacto poético inmerso en el agua y el territorio. Por ello, el río puede ser rastro infinito, animal prehistórico y conciencia constante de equili-

brio (Alicia Genovese) y la posibilidad del poema de ser liberado al azar y que alguien lo recoja (Diana Bellessi).

¿De dónde vienen las palabras de Daniela Catrileo? ¿De dónde el río que también es? De esta historia amarga, de su residuo y del derecho a la opacidad —en el sentido de Édouard Glissant—, lejos de la proyección de la transparencia del pensamiento occidental. De las ruinas de la experiencia del desprecio y del extractivismo sobre un paisaje que retorna una y otra vez para susurrar lo perdido, como fragmentos que buscan orientarse y “se arrastran por la brisa / a otras enseñadas” (182). Desde la ceniza de los últimos árboles, dice Catrileo, “escribo una palabra / en tu frente / antes que todo / desaparezca / mar adentro” (49) y se pregunta: “¿Hasta dónde llegaremos?”. Hasta donde sea posible frustrar jerarquías y atender al llamado de la poesía para desconocer superioridades y excepcionalidades, desbaratando la razón de las represas en pos del lecho del río: “El secreto en la rotura / de la lengua” (41); “Las palabras ya no son huesos / sino fantasmas / enterrados en su boca. / Un conjunto de fonemas / que se pliegan / al silencio” (44).

Pese a la certeza compartida con Jorge Teillier y Adrienne Rich sobre la incapacidad del poema para calmar el hambre, remediar injusticias o liberarnos de la lucha por la existencia, este logra revelar deseos y apetitos enterrados bajo las urgencias cotidianas y las necesidades prefabricadas impuestas y aceptadas como propias. La poesía de Catrileo desea hilar y recoger una conversación colectiva, macerar recovecos inda-

gatorios y recoger restos desperdigados, pensando y habitando una cotidianidad vibrante; memorias de lenguas heridas, encuentros y reencuentros de un diálogo metamorfoseado en “pequeños susurros que emergen del mapudungun a tropezones en la ciudad, colgando del barrio periférico, anclado a los cuerpos que se han diseminado en sus derivas migratorias” (como dice la autora en su ensayo *Sutura de las aguas...*).

Su escritura no solo es el relato de un territorio o la historia dolorosa del viaje en sentido clásico, sino la comprensión de una deriva y de un devenir como “contenido propio del deseo”, que “desterritorializa mutuamente” (Gilles Deleuze). Seres e intensidades coexistiendo, acogiendo lo heterogéneo de un lenguaje-torbellino que en las aguas desorganiza la certidumbre del progreso. Esta deriva —siguiendo a Guadalupe Santa Cruz cuando lee a Guy Debord— “se presenta como una técnica de pasos ininterrumpidos a través de ambientes diversos [como] (...) afirmación de un comportamiento lúdico-constructivo, lo que la opone en todos los aspectos a las nociones clásicas de viaje y de paseo (...) [y] busca, a la vez, estudiar un terreno y llegar a “resultados afectivos desorientadores” (Guadalupe Santa Cruz).

La escritura de Daniela Catrileo anida en el agua; el pensamiento traza derivas, le pide al terreno aliento, movimiento incesante sin garantías, respirar en las fisuras: posición política desde la cual se piensa la herida colonial y la diáspora. Una mixtura toca y habita lo propio y lo ajeno, incluso lo propio en lo extraño, porque se cava en lo impreciso cuando “lo

champurria se desenvuelve y potencia al boicotear la otredad, boicotear el cuerpo museal petrificado, boicotear la cosificación multicultural, boicotear las identidades estáticas, mediante herramientas creativas que desarticulan los discursos hegemónicos-coloniales, es decir, las narrativas esencialistas, internas y externas” (como explica en su ensayo *Sutura de las aguas...*). Lo champurria implica resignificar el insulto hasta torcer lo torcido, diseminado en savia de viejos foyes del camino, en múltiples desplazamientos diaspóricos y forzados, en el hogar y el cuerpo. “No hay más que viaje, una y otra vez” (234), lenguas amanejiendo del canto, fibras del gesto. “No hay más que voces en esta matriz del nudo. Ese espacio que nunca tendrá nombre propio. Antes que mis huesos se descompongan, antes que la articulación sea amputación. Tengo un fantasma por hogar. Lo puedo manejar al antojo de un abandono. El espacio como nudo amarra un puñado de insectos” (234).

El hogar es huérfano, cada palabra es espora, diseminación, a través y entre: semilla y siembra. Isla, dispersión que busca volver a lo perdido y a lo aniquilado. Allí donde no hay pureza ni lo propio sino huerfanía y expulsión, Catrileo emprende un “braceo imaginario ante la desidia” (234), trazando un regreso que se parece a “un largo sueño esperando sobrevivir” (234). La escritura se vuelve movimiento migratorio, esparcimiento reunido en éxodos, voces de antes que se acercan y difuminan en la niebla de los ríos en un diálogo entre latencias y derivas. Agua y pensamiento en una “conversación entre la raíz de una flor que se

debate bajo la tierra y el soleado capullo abierto de esa flor” (Carl Sandburg).

Maceración de la deriva y contraceleridad son estrategias de encuentros y desencuentros con un tiempo nebuloso y cruel, de supervivencia de “pequeño milagro de la memoria feliz” (Paul Ricoeur). Nos vuelve una imagen para recordarnos lo “que estuvo presente una vez; se ausentó; ha vuelto” (Paul Ricoeur). “Destellos fugaces aparecían sin interrumpir” (como dice Catrileo en su ensayo *Sutura de las aguas...*) en medio de la costumbre, de una genealogía rota, de la vibración de una palabra errante.

Poema: recorrido, ramal, intervalo, distancia, acústica del agua y del territorio, de todo lo que persiste en el *ahí* de su desaparición. Gramática amniótica, demasiado y nada de entonces a ahora, conversación del corazón: “tañi piwke / piwke piwke / después de veinte años / supe que mi corazón / latía con otro nombre / me fue negado / el sonido de su voz / hasta que desperté / en su palpitar / de trueno / tañi piwke / tañi piwke / piwke piwke” (208). El corazón se afianza a la deriva, la deriva es perentoria. Y lo que está en riesgo en ese apremio es la poesía: epew (relato), ül (canto), ñimin (tejido), wirin: surco, línea, escritura, witrál (trazado en el telar).

Palabra y memoria siguen desenredando sus hilos; el trazado, respiración de cada tramo, insiste en nuevos comienzos. La escritura se afirma en el carácter irresoluto de la deriva. No sabemos lo que (no) puede un poema, lo que silencio, pausa y ritmo en el vacío dicen. En el poema *los dados siempre están en el aire*.